



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

COLIMA
GOBIERNO DEL ESTADO



CREADORES Y ARTISTAS EN CONTINGENCIA COLIMA

LETRAS

Proyecto:

Verso moroso.

Todos los botes salvavida

Beneficiaria:

Scarlett Badó (Scarlett Maxine Vargas García)

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

www.culturacolima.gob.mx

culturacolima

@culturacolima

#ColimaEsCultura

Con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020

Este programa es público ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.
Proyecto sujeto a Contraloría Social del Programa de Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura AIEC - 2020.

Todos los botes salvavidas

Scarlett Badó

11 de febrero

Hoy regresaron los buitres. Los otros han tomado nota de su comportamiento, y parece que a estas aves la enfermedad les siembra ganas de cazar a los vivos. Al principio sólo habíamos visto humanos contagiados, pero en las últimas semanas se nos han atravesado jaurías de perros furibundos y cada vez más de estos carroñeros violentos.

Para alguien como yo, que siempre anduvo de bote en bote, no luce tan ajeno a la costumbre el hundimiento de la ciudad. De hecho, siento que por fin la balanza está equilibrada. Si los demás tienen miedo, ¿lo debo tener también yo?

No soy de piedra, desde luego me repugnan los monstruos —si eso son— y no me es indiferente el desastre, pero, ¿qué hay de malo en tomar lo que pueda?

Creo que a nadie interesaría saber de mi deconstrucción. Cómo nos morimos en la supervivencia es una historia predecible. Todos hemos llegado al mismo sitio, de la misma manera; o acaso por tres o cuatro caminos ya moldeados, como en el *pinball*.

Entre la demolición y la rapiña, el mayor consuelo para nuestros cerebros es recordar que una vez existimos en otros papeles. El papel que yo tenía está a salvo; enjaulado en otro tiempo que no me intimida. No se trata de añorar. La añoranza desquicia.

El mundo donde viví estaba lleno de agua. Un diluvio incansable. De cada punto cardinal llegaban corrientes que barrían todo. Podíamos nadar, o al menos lo intentábamos. El terror de ahogarnos era nuestra fuerza de vida. Desde la más cordial mentira, como «nosotros te llamamos», hasta la traición más creativa de alguna novela del romanticismo, todo culminaba en muerte o naufragio. No sé, tal vez era sólo yo quien temía al agua.

12 de febrero

El único incidente hoy fue el aniversario de mi casi ahogamiento. Hace un año, todos mis botes salvavidas se habían ido, comenzando por mi favorito; remaron al mismo tiempo y no encontré un solo madero para aferrarme. Febrero de fiebre, el mes más compacto y más colmado de fuego. A pesar de ser invierno, el agua del mundo hervía.

Le di su oportunidad al cianuro de potasio, para ver si calmaba ese hervor.

Pagué por mi acto desesperado en un agujero gris de bajo presupuesto, a lo largo de doscientos cincuenta y un días. Los numeré, no pude contenerme. Había cuarenta y tres grietas en mi cuarto, noventa y ocho rondines de vigilancia por semana y once pastillas en mi prescripción diaria.

Nada me correspondía hacer, sino reprocharle al veneno que hubiese fracasado en su propósito. Antes de despertar, los delirios ya anticipaban lo que llegaría, y vi mis venas tejer una camisa de fuerza que no permitía a mi aliento escapar.

El gobierno siempre recompensó a los más patéticos con asilo. Los suicidas somos la peste de la civilización, hoy y siempre. Al final, parecemos un híbrido entre delincuente y enfermo mental. Antes pensé que el título recaía en los fumadores, en los bebedores frecuentes, en los tatuados, en los promiscuos, en los desempleados. Un centenar de categorías, y de todas fui miembro honorario por etapas.

La tortura fue interrumpida por el sonido más bello de la historia. Era veintiséis de octubre y mientras un enfermero trataba de arrastrarme al consultorio del psiquiatra en jefe, el estruendo de las granadas me separó de sus manos. Una turba atacaba el hospital, para robar medicamentos controlados o por mera compasión. Hizo falta salir y caminar un rato para entender que mis parientes me habían enviado a los márgenes de la ciudad. Olía a descomposición y los cables telefónicos en los postes chirriaban de enojo.

El fin del mundo me liberó del manicomio. A su manera, fue mi nuevo bote de rescate. Aquí somos desconocidos y ninguno siente pena por mis tragedias. Incluso a mí han dejado de pesarme. La carretera es un universo aparte.

18 de febrero

Fue mi cumpleaños. No se lo dije al grupo; en cambio, tuve mi celebración privada detrás del volante. El día pasó sin emergencias, lo cual consideré un regalo. El coche y yo íbamos en paz, hipnotizados por las líneas amarillas del camino, esas líneas paralelas que se extienden como si nos distanciaran y nos unieran en una aparente eternidad.

No planeaba escribir hoy, pero al final quise hacerlo para sentirme menos leve. A veces dejo de creer en lo anterior a esta realidad, pese a las evidencias que veo en las torres de luz oxidadas y en el humo de los incendios rurales.

23 de febrero

Me impuse un régimen insomne, para permitir que mis sentidos absorban los encantos de la penumbra. Nadie sabe que no duermo, prefiero evitar pláticas con despiertos casuales.

Anoche alguien por aquí tarareaba una canción idiota que resucitó a uno de mis muertos —no me consta que muriera, pero eso me gusta imaginar—. Odio a las personas que tararean.

24 de febrero

Ya pasaron seis días desde el último viaje. La ausencia de sorpresas tiene a todos demasiado cómodos. El sedentarismo me coloca en posición de náufraga otra vez. Por eso, cuando uno de los hombres del grupo vino a mí con una excusa para quedarnos solos, no me opuse. Me habló con cortesía ociosa, pidiendo que lo llevara a buscar agua y gasolina. Es simplón y se muestra embelesado, pero la oportunidad de conducir compensó la molestia.

Es cómica la manera en que la gente se esfuerza por volver a viejas costumbres que no tienen cabida en el nuevo orden de acontecimientos. Enamorarse es menos verosímil, ahora que todos podríamos estar viviendo nuestro último día. Se huelen las ansias por consumir ensoñaciones inconclusas, cueste lo que cueste. Los pacientes dentro del sanatorio tenían un comportamiento más coherente.

Llegamos en media hora al paraje de la gasolinera y, luego de cumplir con el pretexto que nos llevó allí, Mario —que así se llama— se puso a recitar diálogos de *best-seller*. Aunque su estrategia me causó lástima, no soy quién para rechazar una buena cogida. O una cogida, sin calificativos.

28 de febrero

Me parecía que empezaban a salirnos raíces en las piernas, pero ayer las bestias nos dieron un recordatorio de la verdad y tuvimos que partir.

Yo los vi primero, rábidos y desconsolados: veintitrés cuerpos se acercaban, rasgando el aire. Cuando la mirada gris de uno de ellos se cruzó con la mía quise ponerme elocuente, preguntarle cómo enfermó, beberme su historia o hacer cualquier cosa que lo dignificara —y a mí— antes de perforarle el cráneo con una bala. Dirigí el cañón a su cabeza y seguí contemplando.

El disparo de una pistola ajena me sacó de esa fugaz complicidad. Al quebrarse, la frente venosa del hombre muerto lanzó hilos de púrpura que me bañaron la cara y la

ropa. El líquido, de inesperada tibieza, goteó por mis labios y sentí la boca llena de su sabor a hierro. En ese trago brotaba la garra gentil del infierno.

2 de marzo

Cambió la marcha de las cosas. Las películas no prepararon a nadie para esta clase de eventos; ni siquiera a mí, que solía tomarlas muy en serio. Ayer, después de resistir casi toda la noche en vela, disimulando las convulsiones y la tos para que los demás viajeros no se alarmaran, acabé dormida sobre el cofre de mi carro.

Mis párpados se alzaron a tiempo. El alba cortaba las nubes y su saludo venía adornado por trinos de horror. Una parvada de mirlos enfermos embestía a nuestra pequeña congregación. Algunos de mis compañeros alcanzaron a despertar antes de morir. Absorta en la escena, cocida por la calentura y un poco tentada a contar los pájaros, sólo atiné a correr hacia una minivan cercana, suplicando que la llave se hallara dentro.

No miré atrás.

10 de marzo

Desde mi huida del campamento, no he parado de vomitar bilis con manchas escarlata. Cualquier ingesta lo empeora. Simple: ya no me molesto en buscar agua y comida. He pensado que los pájaros aquel día reconocieron la contaminación en mí.

Conduje durante ocho días y siete noches. Me detenía a recargar combustible, o cuando los temblores no me permitían sostener el volante. Pero la minivan se descompuso; algo se le quemó, lo deduzco por el olor. No importa.

Tampoco me preocupa el invasor en mi cuerpo, que me va cubriendo la piel de moretones borrosos y me incita a devorar al prójimo. El futuro rebosa color: el color del caos, de la sangre infecta y de la locura. No existe la necesidad de flotar en espera de botes salvavidas. Sentada en medio de la carretera, con el hambre sajándome las entrañas y el cielo de las seis de la tarde ardiendo ante mis ojos, soy la encarnación del optimismo.